

## CONFESANDO

mamá ha llamado. mi padre la ha golpeado otra vez. no quería decírmelo, pero noté su tristeza a miles de kilómetros de distancia. no he sabido qué decir, tan solo mierda, mierda, mierda. y colgué. tenía una resaca espantosa. fui a comprar una botella de vino.

el pasado de un hombre es el futuro de su culpa.

tomé un cuchillo —«ese con el que le quito la grasa a los filetes», pensé—, lo guardé en el bolsillo derecho del pantalón, salí de la residencia y caminé hasta calderería, tomé el pasaje mitjana. frente a la plaza del marqués del vado me detuve al acecho. me lié un pu- cho y fumé con ansiedad y nerviosismo. entonces vi salir a camila del malafama muy bo- rracha. estaba sola. tenía sus zapatos de tacón en la mano derecha. un vestido muy pe- gado y la cabellera muy ceñida hacia atrás como me gustaba verla. hacía mucho calor. yo la veía tambalearse de un lado hacia al otro. la seguí a unos metros de distancia. su casa estaba a varias cuadras. eran más o menos las dos de la mañana y el cielo estaba totalmente despejado. había unas cuantas parejas besándose en los portales de las es- trechas callejuelas del centro. caminaba lentamente, como perdida. al llegar a una esqui- na se les acercó a dos tipos que le obsequiaron un cigarrillo. lo encendió con placer. echó el humo hacia arriba. respiró y siguió caminando. yo me detuve a lo lejos e hice lo propio. sentí la nicotina en mis pulmones mientras el corazón se me aceleraba. ¿qué ca- rajo hacía? ¿hacia a dónde me llevaba el deseo, la lujuria?

llegó al portal de su edificio de departamentos e intentó abrir la puerta. miré hacia todos lados y la calle estaba vacía. las llaves se le cayeron. las tomó del piso y miró alrededor. me vio acercarme y se puso muy nerviosa. buscaba la llave entre varias pero no lo logra- ba. corrí hacia ella mientras sacaba ágilmente el cuchillo de mi espalda. se lo puse en la garganta. dame las llaves, le dije enérgicamente. camila soltó las llaves en mi mano iz- quierda. voy a gritar, chilló. haz lo que quieras. no hay nadie. nadie va a salvarte. abrí la puerta y la empujé hacia adentro. a la izquierda estaban las escaleras y a la derecha el ascensor. sostuve el cuchillo justo frente a su rostro. parecía que se le había quitado la borrachera y me miraba con odio, con desprecio. entonces la golpeé en la cara con el mango. empezó a sangrar y a llorar. eres una perra. una maldita perra rubia. se había sentado en una de las escaleras y sostenía su cara entre las manos. yo veía sus lágrimas, sus torpes lágrimas salir para manchar su cara de rímel. por primera vez la vi fea, increí-

blemente fea con su tez pálida de borracha y asombrada. bájate el vestido, le pedí al acercarse el filoso instrumento a su quijada. solo quieres abusar de mí, willy. estás enfermo. eres un bastardo machista enfermo de sexo, me gritó. sí, respondí. casi me río de ella, es decir de mí mismo. qué patética era esta escena. qué risible era yo en medio de ese es- cenario oscuro y silencioso a las tres de la mañana. haz lo que te digo, puta, o te corto la cara. entonces ella accedió, se bajó el vestido hasta la cintura y me siguió mirando con desafío. le vi las grandes tetas bajo su sostén. me excitó. estaba loco de deseo. estaba enfermo.

tiré de su corpiño y se lo arranqué de un tirón. sus senos cayeron bruscamente sobre su alto vientre. me le tiré encima para besarle el cuello y morderle los pezones. eso es lo único que te ha importado, me dijo y escupió. maldito sudaca. intentó incorporarse pero sostuve fuerte la punta del cuchillo en su pómulo. dime que no te gusta, perra. dime que no te mueres de deseo. sentí que temblaba. era lógico, en su país no pasaban esas cosas. en su país la gente se suicida de soledad y aburrimiento.

sin embargo se dejó hacer. introduje mi mano por sus piernas y sentí que se echaba hacia atrás con resignación. no llevaba bragas. subí su vestido para mirarla. respiraba como un perro cansado mientras me abría la bragueta. tenía el miembro enhiesto. su sexo estaba allí, enorme y rosado como una orquídea. puse el cuchillo a un lado y tomé su cabello rubio para besarle el cuello. camila estaba como en trance. no dijo una sola palabra. yo tampoco. meter, sacar, meter, sacar, como decía sada. un abusador no es un animal, es un borde filoso de deseo que arremete con violencia.